



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Quintana Tejera, Luis
El mensajero de los astros
Ciencia Ergo Sum, vol. 13, núm. 2, julio-octubre, 2006, pp. 233-235
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10413216>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El mensajero de los astros

Luis Quintana Tejera*

*Los objetos contemplados
pueden pertenecer a mundos diferentes.
Sólo una mente atenta los descubre.
Si detengo mi atención en el pasado,
encuentro huellas imborrables
que representan todo lo soñado.*

Cuando actualizo en mi memoria la figura del profesor Marius lo asocio inmediatamente con mi niñez y una honda ternura se apodera de todo mi ser. Miraba siempre desde unos profundos ojos azules que simétricamente enmarcados en la cara parecían adivinar lo misterioso. Creo que usaba barba, una barba rubia que nunca terminaba de crecer. Fumaba en pipa y aunque contaminaba todos los lugares en donde estaba, igual este rasgo folclórico de su personalidad resaltaba de forma peculiar.

Trabajaba en la radio del pueblo —CW51 Radio Maldonado— en donde tenía su programa. Él era “El mensajero de los astros” según lo anunciaba su propia voz en la cortina sonora con que daba comienzo el programa de cada día. Se transmitía de 13:00 a 15:00 hrs., de lunes a viernes, aprovechando así los ocios de la siesta fernandina y permitiendo a sus fieles escuchas que tomaran contacto con él y sus pronósti-

cos “espirituales” en el momento en que casi todos estaban preparando las actividades de la tarde.

La función prioritaria que cumplía el personaje de nuestro relato consistía en la presentación de los horóscopos que salían de su voz cascada y serena para anunciar a la gente hechos y circunstancias que rara vez se cumplían, pero que se manifestaban con tanta convicción que sólo los más atrevidos podían llegar a dudar de ellos. Había alcanzado tal índice de popularidad que todos los comerciantes de Maldonado hacían el máximo esfuerzo económico para anunciarse con él.

Lo veíamos caminar por las calles de la ciudad con la lentitud que sus años le exigían y no dejaba de ser un símbolo del misterio que había creado. Me atrevo a decir hoy que era elementalmente lúdico y jugaba con una mitomanía que estaba dirigida a oyentes ubicados de manera promedio en el segundo año de la enseñanza primaria.

* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México.
Correo electrónico:
qluis11@hotmail.com



No obstante lo anterior, este anunciador de destinos era capaz de conseguirle novia al más desahuciado, de interceder ante el sacerdote de la catedral por un pecador arrepentido, de arreglar la cita amorosa oportuna de la dama que se veía ya para vestir santos; se trataba de un hombre que sabía jugar con tan variadas alternativas que hasta su propia esposa le pedía consejos para solucionar los pequeños inconvenientes de cada día.

Pero la muerte no tuvo piedad con su figura cansada y un día se lo llevó raudamente. Hasta aquí los hechos como yo los conocía. Me enteré después de algo que ofrezco de manera gratuita a mis lectores para que ellos confronten teorías y me lleguen a decir qué es lo que verdad sucedió con este individuo de extraña condición y de imaginación peregrina.

Su cuerpo fue trasladado a la ciudad de Durazno con el pretexto de llevar a cabo sus exequias. Me permito retroceder unos días antes de su muerte y contarles la anécdota que funciona como eje central de este relato. Se dice que el profesor se sentía muy cansado en estos tiempos y que dos pactos sucesivos aunque no simultáneos que él había realizado en el pasado vinieron en su ayuda en los duros momentos. Un lejano ancestro, un hombre raro también que había vivido en las lejanas épocas de nuestro Señor Jesús, había acompañado al maestro en el calvario de la cruz, y Jesús antes de morir le pidió tan sólo un vaso de agua que aquel le hizo llegar aun con riesgo de ser reprimido y castigado. A cambio de esta generosa acción, el hijo de Dios le otorgó dos deseos que él podría utilizar cuando lo quisiera. El primero de ellos consistía en una extraña imposición de la voluntad según la cual todo individuo

que entrara a su casa no podría salir de ella sin su consentimiento. El segundo, resultaba más raro que el anterior y tenía que ver con una necesidad de imponer la paz en el universo permitiendo al beneficiado impedir con su solo albedrío cualquier acto bélico que pudiera propiciarse en cualquier parte del mundo.

El segundo anciano de nuestro relato arribó por fin a la edad en que debía rendir su espíritu y como desde el Paraíso no lo reclamaron llegaron las potencias infernales para cargar con su alma. Se trataba tan sólo de tres demonios flacos y ojerosos que cayeron en la primera trampa y sólo fueron liberados cuando le concedieron a este señor vida y riquezas por más de diez siglos. Al cabo de los cuales llegó Satanás en persona. El diálogo con esta potencia superior de la maldad es digno de rescatarse. El venerable anciano, deudor de siglos cansados, hizo uso inmediatamente del segundo deseo y congeló en el universo todas las guerras. El mundo se volvió callado y sereno. Al darse cuenta Lucifer de tal acontecimiento le exigió a este individuo que impidiera semejante situación porque si esto acontecía habría menos maldad y el infierno contaría con menos adeptos de los que al presente tenía. Las condiciones del acabado y decrepito anciano de siglos tuvieron que ver con una situación aún más curiosa que en el momento anterior. Si quería que las guerras y los accidentes fatales volvieran a estar presentes en el cosmos, debería a cambio otorgarle el don de la profecía y permitirle saber qué iba a acontecerle a los individuos en el futuro; al mismo tiempo necesitaba que se le otorgara juventud y la posibilidad de renacer si así lo quisiera. Fue lo único; no quiso

riquezas ni placeres; tan sólo aquellos que pudieran derivar como consecuencia de éste. Satanás no contó con otra opción y el anciano siguió viviendo con una temporalidad ilimitada.

Estamos en el siglo XVIII y Jeremías, éste era el nombre del individuo antecesor del profesor Marius, sigue avisando a las personas lo que sucederá; pero curiosamente su negocio ha caído en el descrédito y la gente no tiene tanta confianza en él como la depositaban antes. Todo lo anunciado parece tan obvio que es más fácil no creerle que aceptar que sus verdades serán prolepsis infinitas y reiteradas en los años por venir. Anunció guerras que se cumplieron a medias; vaticinó una edad de provecho y riquezas que la sequía del verano y las crueles nieves del invierno se encargaron de conjurar; predijo muchos hijos para una familia que los perdió a todos en una misma noche antes del amanecer del día en que el último heredero era engendrado. Harto de prever el destino y que no le creyeran se atrevió a dudar de las potencias infernales y desafiándolas a un combate desigual perdió irremediablemente el poco crédito que le quedaba y expulsado del infierno se vio obligado a vagar por la tierra. No podía morir aunque lo quería con intensidad creciente, entonces el diablo le propuso un nuevo trato: le permitiría morir y su alma sería torturada levemente en el infierno a cambio de autorizarle que en el futuro y en diversas épocas volvería a nacer. De esta forma la repetición tediosa y larga caracterizaría sus años por venir. Lo aceptó porque no tenía más remedio y es así como reencarnó en Maldonado y a través de la emisora de radio anunciaba hechos y circunstancias en las que todos creían, pero

que ninguna de ellas se cumplían. El destino había invertido las situaciones; en el pasado predijo y se cumplió lo anunciado ante los observadores escépticos que se atrevían a dudar; en el presente, cual nuevo profeta de la modernidad, advertía en torno a hechos que jamás serían ni siquiera medianamente posibles y todos abrazaban esta eventualidad como real.

Cuando llegó la hora de la muerte el profesor Marius pidió por favor no reencarnar y si lo hacía que su vida fuera breve y que con ella concluyera el doloroso calvario de siglos. Así fue pactado. Días después de ya no pertenecer al pequeño mundo de Maldonado, reapareció en Norteamérica como el Dr. Richard Marius, profesor de la prestigiosa Universidad de Harvard, así como también escritor de los discursos de Al Gore. Hoy, marzo de 2003, acaba de morir de una manera imprevista y extraña. Sus restos mortales descansan en la Basílica de Londres y su memoria, que será eterna entre los hombres, ha representado un esfuerzo inmenso para convencer a la humanidad sufriente de que todo es posible. La tierra se halla huérfana de vaticinios y anuncios verdaderos desde el instante en que el querido profesor Marius, maestro de siglos, adorador del tiempo y enemigo de las guerras no está con nosotros. Elevemos una oración por el descanso de su espíritu y aprendamos de una vez por todas a vivir sin su presencia enajenante. Desde el territorio mítomano y obseso en el que muchos de los hombres estamos, esta aparente ficción bien puede representar una nueva manera de interpretar el caos universal. Mientras haya voces que nos adviertan y conduzcan, la inocencia de nuestra alma estará preservada para siempre.

